I.

Enterraron a Lucio Santos el día de Santa Brígida. Febrero amaneció escarchado y bajo ese silencio lúgubre y helador que el invierno acostumbra a vomitar impertérrito sobre el campo. Un silencio quebrado cuando las campanas, madrugadoras e inesperadas, anunciaron la muerte en Zarzalobos. Tañidos lentos y espaciados, tocados en turnos por los dos bronces, impregnando en la atmósfera un quejido metálico que encogió la mañana y el ánimo de los vecinos. Terminado el lamento de las campanas, el testigo fue recogido por los perros que se arrancaron a ladrar con fuerza desde los corrales, como si quisieran con sus ladridos espantar la muerte lejos de allí.

Tocaba las campanas Paulino, quinto del difunto, sin dejar de recordar entre discretas lágrimas que sobrevivieron juntos a veinticuatro meses de mili en el Sáhara. Otros tiempos, recuerdos de una juventud anegada bajo las aguas del tiempo que transcurrió para ambos, tras aquella pausa africana, en Zarzalobos y ganándose la vida con lo que sabían hacer desde niños: cuidar ovejas. Aunque Lucio cuando llegó la hora de la jubilación y se asomó al abismo del cambio, se dio cuenta de que su vida consistía en ordeñar, esquilar, preparar el chiquero, deshacer alpacas y pisar la hierba de los valles. Recuerda Paulino que le dijo entonces que si quitaba las ovejas estaría muerto en vida. Así que siguió pastoreando a pesar de que las fuerzas fueron mermando.

Desde la espadaña vio detenerse junto a la casa de Lucio el coche azul de Martín, el sobrino del difunto. Del vehículo se apearon también las dos hermanas del fallecido. Lucio había sido un solterón y ellas y el sobrino eran sus familiares más directos, aunque residían en una lejana ciudad. Cuando llegaron ya había sido preparado un velatorio en el interior de la humilde casa.

El “Moro”, el perro de Lucio, recibió a Martín con alegría desbordada, sin dejar de saltar y apoyar las patas delanteras sobre su vientre. Fue el único júbilo que el joven encontró a su alrededor. En el interior de la casa, bajo un fondo de murmullos y rezos bisbiseados, sólo había espacio para rostros adustos y muestras de dolor.

Martín captó en la mirada de los reunidos un cierto temor que iba más allá de la tristeza natural por la muerte de un amigo o vecino. Los apretones de manos y los besos en las mejillas arrastraban un nerviosismo que nada tenía que ver con la simple condolencia. Sólo entendió aquellos gestos cuando entró en la habitación donde yacía su tío.

Allí no pudo esconder un visaje de espanto al ver su cuerpo inerte. Iluminado bajo la luz macilenta de una bombilla empolvada, estaba echado sobre la cama, con la cabeza rozando el vetusto cabecero de latón, y ladeado, en posición fetal, como si en el momento de sobrevenirle la muerte se hubiera convertido en una estatua sedente.

Se acercó con curiosidad y sin necesidad de tocar el cuerpo percibió una rigidez anormal. Parecía que su tío estaba congelado. Lucio Santos expresaba una sonrisa tétrica encerrada entre unos labios morados, la carne era lívida en los carrillos y los párpados cerrados como si hubieran sido sellados con pegamento. El escaso pelo cano que conservaba estaba enmarañado. Pero lo más insólito de aquella espeluznante visión fue encontrarlo con los brazos aferrándose fieros a un libro posado sobre su pecho, como si no deseara que le fuese arrebatado.

Martín salió de su asombro cuando el alcalde se le acercó tomándolo por el hombro con gesto de pésame: - No hemos querido tocarle hasta que decidierais qué hacer – le susurró con voz muy seria.

Martín asintió. Luego, reconcomido todavía por la curiosidad se acercó aún más a los restos de su tío y observó con detenimiento el libro que guardaba celosamente. Reconoció las manoseadas tapas grises de cartón y la foto de la portada. Era una novela que había olvidado las pasadas navidades, cuando pasó unos días en Zarzalobos.

Con cierto reparo, la arrancó del regazo de Lucio. Al hacerlo se abrió sin querer por el final del libro donde había un marcapáginas. Hizo memoria. Él no había llegado a terminar su lectura. Luego lo hojeó, preguntándose por qué su tío había muerto con la novela entre sus brazos, sin prestar atención a que en la mayoría de las páginas había palabras subrayadas con grueso trazo de lápiz.

II.

El alcalde interrumpió de nuevo a Martín. Como autoridad se creía en la obligación de explicarle lo ocurrido la noche pasada. Una noche sin luna en el cielo, heladora y de ventisca, una noche para agradecer el calor humano engendrado en la taberna del Cuco.

En una de las mesas habituales de la partida de tute se echó en falta a un jugador. Durante la noche, el tabernero había mirado varias veces hacia la silla vacía, mientras los tres compañeros de mesa mataban el tiempo jugando a la brisca.

- Al Lucio le ha ocurrido algo – dijo por fin sin mirar a nadie, enfrascado en pasar continuamente una bayeta sobre la barra de madera -. No me ha parecido escuchar su rebaño al atardecer – apostilló.

Los presentes se hicieron eco de la apreciación del tabernero.

- Igual ha venido de visita su sobrino – dijo uno de los jugadores sin perder de vista los naipes.

Nadie más dijo nada. Todos siguieron a sus partidas, a los tragos abrasivos del aguardiente y a las caladas furiosas de sus cigarros, hasta que una hora más tarde sin que Lucio apareciera por la cantina, el alcalde, tras partir el juego, se levantó de la mesa y abandonó la taberna.

Regresó alarmado unos minutos después. En la casa de Lucio no había respondido nadie y no había visto atisbos de luces en ninguna de las ventanas. Tampoco en la nave. Y allí no estaban las ovejas. Las malas noticias crearon una barahúnda en la taberna de la que terminó saliendo el paradero de Lucio.

De los reunidos, Paulino había sido la última persona que lo había visto aquel día. Afirmó que lo vio a primera hora de la tarde, en el valle de las Llamas, cuando se disponía a quemar los rastrojos de una linde. El alcalde asintió mientras miraba absorto la silla en la que solía sentarse Lucio, junto a una estufa de leña, vieja y oxidada, que ahora desprendía con fuerza el calor de su interior. Decidió ir en su busca.

Varios hombres se adentraron en la noche. Era oscura y las estrellas brillaban cristalizadas como si hubieran sido tocadas por los huesudos dedos de la helada. Puestos en camino, nada más salir del pueblo, gritaron incansablemente el nombre de Lucio. Pero sólo el viento respondió en sus orejas con soplos de silencio cenceño.

Al llegar a la entrada del valle, volvieron locas las linternas iluminando hacia todas las direcciones. Sin dejar de vocear, se separaron y deambularon por la inmensidad de la vaguada descubriendo matojos y zarzales, que agazapados en la oscuridad dibujaban inquietantes siluetas.

Al poco de adentrarse en el valle, escucharon ladridos en la lejanía. En ese momento, los pasos de la partida se volvieron certeros en la dirección indicada por la escandalera de los perros. La hierba escarchada crujía bajo las pisadas apresuradas de los hombres y las respiraciones entrecortadas y nerviosas se colaron entre los interminables ladridos que se sentían a cada paso más cercanos, más furiosos y defensivos.

Hasta que terminaron por alumbrar el rebaño de Lucio Santos. Las ovejas se apretaban entre ellas para combatir el frío y ante los hombres se interponían dos mastines que cerraron sus amenazadores hocicos al conocer la voz apaciguadora de uno de los hombres. Ante el bullicio creado, las ovejas fueron dispersándose entre balidos más somnolientos que quejosos y entre ellas apareció el cuerpo de Lucio.

Estaba sentado sobre una piedra y acurrucado bajo una capa de color pardo que se diluía entre el banco glacial de la escarcha que lo revestía. A su lado se encontraba el “Moro”, negro como aquella noche, sentado sobre sus patas traseras, con las orejas atentas y la pose circunspecta. Todos los hombres se paralizaron ante el extraño panorama. Al alcalde asintió asumiendo su autoridad y, sobreponiéndose a un escalofrío, se acercó al pastor por la espalda.

- Lucio, Lucio… - lo llamó cogiéndole por el hombro.

El zarandeo provocó que el cuerpo del pastor se deslizara de la piedra en la que estaba sentado y se desplomara suavemente. El alcalde intentó acogerlo en sus brazos, pero impresionado al notar el cuerpo agarrotado del pastor, lo dejó caer sobre la hierba.

Los hombres contemplaron unos segundos horrorizados el espectáculo dantesco de un hombre congelado. Tiempo suficiente para que el vaho de sus respiraciones agitadas nublara la iluminación de sus focos. Pero la noche gélida no estaba para muchas contemplaciones. Había que guiar las ovejas al pueblo y alguien debía adelantarse para traer un vehículo en el que transportar al fallecido.

Paulino y el alcalde se prestaron a velar el cuerpo mientras el resto regresaba. Sin perder de vista a Lucio, no pararon de moverse por el valle en un intento de combatir el frío que entumecía los huesos. Los balidos del rebaño, la reincidencia de los cencerros y las voces de los hombres fueron esfumándose en la lejana oscuridad del valle. El silencio parecía adueñarse otra ver de la noche cuando se asomó a la oscuridad un extraño ruido. Provenía de un lugar próximo a los dos hombres y sonaba como un continuo crujir de madera que les revolvió el alma. El alcalde enfocó nervioso su linterna hasta encontrar la causa. Y resopló mezcla de alivio y desconcierto. El “Moro”, echado sobre la hierba, sin importarle el frío, mordisqueaba a conciencia un lápiz de carpintero.

III.

Tras el entierro, regresando del cementerio, Martín acompañó al sacerdote a la iglesia. Su tía le había encargado que le pagara por los oficios del sepelio. Le contó el párroco, mientras se quitaba los hábitos en la sacristía, que se había extrañado mucho de no ver a su tío la tarde anterior. Al parecer, el pastor había tomado por costumbre visitarlo cada anochecer, una vez que recogía las ovejas en la nave, pero que el motivo de sus visitas no había sido espiritual, sino lingüístico. Frecuentaba la iglesia con la intención de consultar el voluminoso diccionario que guardaba en uno de los largos cajones de la cómoda de la sacristía, junto a viejos libros de las sagradas lecturas.

Recordó Don Cayetano que sus visitas habían comenzado pasada la festividad de la Epifanía. Aquel día Lucio entró en la iglesia con el silencio de los gatos, se persignó con celeridad y avanzó por el pasillo de la iglesia con la vista fija en un libro de tapas grises que luego mostró al párroco con cierta timidez. Le dijo que su sobrino lo había olvidado y que ahora él lo estaba leyendo y, acto seguido, lo abrió por el primer capítulo. En la segunda hoja tenía subrayada una palabra con trazo grueso de lápiz. Le dijo que desconocía su significado y que venía a pedirle su ayuda, como autoridad cultural que era también del pueblo.

Y desde entonces, cada anochecer, entre las paredes desconchadas de humedad de la sacristía y a la luz de un sencillo aplique, junto a un crucifijo tallado en madera, buscaba en el diccionario los vocablos subrayados.

Varias veces, el sacerdote le ofreció la posibilidad de llevarse el diccionario, pero el pastor, con gesto amable nunca lo llegó a aceptar. Le sorprendió a Don Cayetano su alegato. Le contestó Lucio Santos que acudiendo a la iglesia era la manera de charlar un rato con alguien sin tener que mentar los naipes o el fútbol.

Ates de recibir el dinero de Martín, el sacerdote se rio recordando la tarde en la que Lucio, tras buscar nervioso entre el vocabulario del diccionario, no encontró una de las palabras que traía marcadas y Don Cayetano salió del paso manifestándole que a veces el sentido de una palabra se podía adivinar por el contexto en la que se encuadraba. Y Lucio Santos, tras fijar la vista en el crucifijo, como si buscara la inspiración divina, y sin tiempo a esperar más explicaciones, leyó y releyó el párrafo hasta que encontró una solución que lo satisfizo.

Don Cayetano miró el reloj y se despidió de Martín. Ya era hora de tocar a rosario. Luego, subido en el campanario, repicó las campanas una docena de veces, las suficientes para notar que ya estaba helando. Volvió a acordarse de Lucio. Todas las tardes había intentado sin éxito que se quedara en la iglesia para rezar. Inconscientemente, desde la vista de pájaro que le ofrecía la espadaña, el párroco escudriñó la casa del pastor en una oscuridad apenas inquietada por el escaso alumbrado público. Lucio Santos siempre dejaba encendido un farol que iluminaba el corral de la vivienda. Sin embargo, esta vez nadie se había acordado de hacerlo.

IV.

Cuando Martín regresó a la casa de su tío encontró un silencio extraño, y las pocas palabras que decían su madre o su tía eran baldías y no llenaban la falta de Lucio. Tan solo el perro, otra vez ajeno al drama, lo había recibido con júbilo. El “Moro” podía haberle contado qué ocurrió el día de la muerte de su tío, pero es un perro y Dios no le dio el don de expresarse en el idioma de los hombres, hecho que además su amo había agradecido aquel mismo día.

El pastor amaneció antes de hacerlo el día. Hizo lumbre y desayunó junto a sus llamas, mientras calentaba agua en un caldero tiznado que luego usó para humedecer el pienso de los perros. Tras el desayuno, se dirigió hasta la nave para limpiar las camas de las ovejas. La mañana clareaba y anunciaba un día despejado, pero a la vez soplaba una brisa gélida. No tuvo dudas de que la helada repetiría por la noche.

La escarcha se licuaba en rocío cuando preparó el almuerzo, un trozo de lomo embuchado, una lata de escabeche y un cuarto de hogaza. Todo bien colocado en el zurrón, junto al libro envuelto en un paño para no ensuciarlo. Lucio sonrío. No había mañana que no se alegrara de haberle robado la novela a su sobrino.

Condujo apresurado el rebaño hacia el valle de las Llamas. Si alguna de las ovejas se retrasaba o se alejaba de la dirección tomada, daba una voz al “Moro” y, enseguida, la descarriada volvía al redil. Tenía prisa por llegar y sentarse a leer la novela.

Su interés por la lectura había crecido a diario. No leía tanto desde que fue a la escuela, a la que había ido a cuentagotas. Gotas que llenaron un minúsculo vaso de conocimientos con los que era capaz, con sacrificio, de juntar las letras y formar palabras a trompicones. Siempre le había costado leer.

Por ello, durante los primeros días de lectura se cansaba con facilidad. Tenía que hacer grandes esfuerzos para entender las oraciones y hacer las pausas estipuladas por las comas y los puntos. Sin embargo, lo que leía le gustaba y su curiosidad fue acrecentándose, no sólo por la emocionante historia que narraba, sino también porque cada día que pasaba se notaba un poco más suelto en aquel nuevo oficio de leer.

Nunca había leído una novela y estaba orgulloso de haber acometido el envite. También le gustaba aprender palabras nuevas. Para recordarlas, bautizaba a las ovejas con los nuevos vocablos aprendidos. Así, palabras como “dadivosa”, “desconchada”, o “alcuza”, se convirtieron en nombre de pila de algunas de las integrantes del rebaño.

Al llegar al valle, escogió de la pared de un prado cercano una piedra grande y cómoda en la que sentarse y la acercó al lugar donde el ganado pacía. Se sentó de espaldas al sol. El “Moro” se acurrucó junto a sus pies, mientras Lucio hurgaba en el interior del zurrón en busca del lápiz, un lápiz rojo de carpintero que había encontrado en casa, en el fondo de un cajón lleno de papeles revueltos.

Apuntó al perro con él y con semblante serio le espetó: - ¡Ay Moro! Si pudiera elegir un don para ti te daría el de leer.

Al escuchar su nombre, el “Moro” se incorporó expeditivo y miró con gesto de preocupación hacia un rebaño que pacía tranquilo, inmóvil como si fuera la pintura de un cuadro. Al no encontrar ninguna oveja a la que mordisquear las patas para devolverla al rebaño, se sentó sobre sus cuartos traseros y observó el movimiento del lápiz en la mano de su amo. Esperaba impaciente, entre gemidos de impotencia, a que terminara por lanzárselo, como si de una piedra más se tratara.

- Me río de la gente que alaba la inteligencia de los perros y dice que sólo os falta hablar – prosiguió Lucio – no Moro, ¡no! ¿Para qué quiero que hables? Terminaríamos discutiendo. Pero si pudieses leer… ¡Ay Moro lo que aprenderías!

Tras la pequeña perorata, el pastor abrió el libro por el lugar que señalaba el marcapáginas. Se puso nervioso al notar entre los dedos de la mano derecha las pocas páginas que engrosaban la parte que restaba por leer. Luego se zambulló en el blanco y negro de las hojas del que sólo emergía de vez en cuando para acercar su asiento rocoso al vaivén del rebaño por el valle.

A última hora de la tarde cerró sobre sí la capa que llevaba puesta sobre los hombros. El sol declinaba y un viento helado fue apoderándose del valle. Ya estaba helando. Pero las tardes de finales de enero son crecidas y se nota esa media hora de luz ganada a la noche, y el pastor quiso exprimirla hasta el final para terminar la novela.

En otras circunstancias, ya debería estar de regreso con el rebaño, pero también estaba apocas hojas de finalizar el libro. Además, conocía bien el camino para volver a ciegas y estaba seguro que con el buen hacer del “Moro” ninguna de las ovejas se extraviaría.

Lucio Santos se olvidó enseguida del asunto para rendirse de nuevo al silencio pálido del invierno que estimulaba la lectura. Leía con sus pequeños ojos castaños, concentrados y fijos en las letras, chispeantes de emoción, y con los labios en sibilino movimiento al juntar sílabas y palabras, frases y párrafos.

Complacido por la lectura, observó al “Moro”. Ahora dormitaba a sus pies, estiradas las patas y el rabo recogido entre ellas. A veces temblaba involuntariamente. El rebaño seguía paciendo incansable y despreocupado la infinita hierba del valle. Lucio detuvo un momento la lectura.

- Moro, ¿qué querrá decir “ángor”? – el perro contestó a su nombre con dos coletazos y entreabrió los ojos.

Lucio leyó el párrafo en el que se encuadraba la palabra. Tras discurrir unos minutos se encogió de hombros y se dio por vencido al no encontrar respuesta. Subrayó el vocablo con el lápiz y prosiguió con la lectura.

Cuando pasó a la última página, el sol ya se había puesto y Lucio tuvo que entrecerrar los párpados para adaptarse a la exangüe luz del atardecer. Tras leer el último párrafo de la novela, sintió una sensación extraña nunca antes vivida. Se sentía completo por terminar el libro, pero a la vez ansiaba seguir leyendo, seguir creciendo como persona. Se veía como el deportista al que le cuelgan una medalla de plata, que se siente ganador en el podio, pero sabe que aún puede mejorar.

Le había gustado la historia del libro, aunque había esperado un final más revulsivo. Aunque, pensó también Lucio Santos, la vida nunca termina por resolverse. Hay muchas cosas que ocurren en ella, tragedias y alegrías, pero al final todo sigue su curso.

- El mundo no se para por nadie - murmuró mientras colocaba el marcapáginas en la última página, antes de cerrar el libro complacido.

La evasión de la lectura lo había sumergido en la noche. Ya no eran horas de seguir allí. Una de las ovejas, a la que llamaba Lucerna, baló nerviosa, angustiada por los peligros de la oscuridad. Fue entonces cuando el perro gruñó.

- ¡Ay Moro! – exclamó en la penumbra -. ¡Cuánto se aprende leyendo!

Acarició al animal y se dispuso a levantarse, pero un agudo dolor de lumbago lo paralizó, sin perder los nervios, cogió fuerzas para incorporarse rápidamente, pero al ponerse de pie una punzada terrible restalló en las lumbares y lo devolvió de nuevo al asiento de piedra.

Respiró fuertemente entre sufridos dolores. Hasta entonces no se había preocupado del frío reinante. La lectura lo había zambullido en un estado de letargo y de extrema quietud y no se había preocupado de la mala postura que había adoptado para leer.

La tiritona comenzó a invadir su cuerpo y se acurrucó bajo la capa tratando de entrar en calor, con el libro cogido sobre su pecho. La noche avanzaba y engullía las últimas sombras. Los perros ladraban nerviosos y el rebaño se perdía en la oscuridad que anegaba el valle. Probó a erguirse varias veces sin lograrlo, el dolor se hacía insufrible cuando trataba de moverse. Aterido, entró en un estado de somnolencia antes de perder el conocimiento, antes de que las garras gélidas del invierno hicieran el resto.

V.

Martín hizo lumbre antes de cenar. La última vez que su mirada verde había naufragado por las llamas de la chimenea había sido en compañía de su tío. Entonces la lluvia había caído ansiosa, como si quisiera desgastar la penumbra de la noche, y Lucio se empapó al regresar del corral con un manojo de leña. Martín se había lamentado por el mal tiempo sufrido durante todas las navidades.

El pastor entonces había chascado la lengua: -Pues va a cambiar – dijo convencido -. Este mes va a ser bien soleado… aunque acompañado de mucho frío, que no podemos olvidar que acabamos de estrenar el invierno – aseguró mientras posaba la leña sobre una lumbre casi apagada. La avivó con el fuelle.

El joven Martín tras volver a maldecir su suerte llevó la mirada de nuevo al libro abierto que tenía entre manos. Una novela a la que se había aplicado todas las noches después de cenar. Tan absorto en la lectura había visto Lucio al sobrino durante las navidades que aquella noche terminó por preguntarle qué leía.

- Es una novela, tío – dijo sin apartar la vista del libro -. Está ambientada en la guerra civil española -. Pasó de hoja y mirando esta vez al pastor le preguntó: - ¿Usted, tío, vivió la guerra?

Lucio Santos negó varias veces con la cabeza, mientras observaba la portada del libro: una fotografía en blanco y negro de una pareja que se besaba apasionadamente en una estación de tren. Le explicó a su sobrino que, aunque había nacido pocos años después de finalizar la contienda, había sufrido durante toda su infancia los mordiscos que la guerra había dejado como hijuela. Y de boca de familiares y vecinos se cansó también de escuchar historias, todas oscuras y viles.

Recuerda ahora Martín que se fue a la cama antes de la media noche porque quería madrugar para llegar a la ciudad a tiempo y comer el día de Reyes con su madre. Pero intentó sin fruto hacer memoria sobre dónde había dejado el libro, pues regresó a la ciudad si él.

El libro sobre el escaño de la cocina no pasó desapercibido para Lucio que miró de soslayo el reloj y pensó que aún estaba a tiempo de acercarse a la cantina a echar la partida. Pero el fuego estaba muy vivo y decidió esperar a que menguara. Perdió su mirada en las llamas mientras removía en su vieja memoria buscando el recuerdo de la última vez que había tenido un regalo de Reyes. De niño, al levantarse, solía encontrar junto a las botas colocadas en el rellano de la chimenea alguna naranja, un puñado de castañas y una muda nueva.

Sus pequeños ojos inquietos se detuvieron sobre el libro de Martín. Recordó que nunca le habían regalado un libro, aunque tampoco había tenido nunca tiempo de leer, ni siquiera de niño. Luego cogió dubitativo el libro con sus manos rudas y observó la portada y la contraportada, varias veces y alternativamente, hasta que decidió abrirlo justamente por donde se encontraba un brillante marcapáginas. Un bonito detalle. Era de cobre y tenía un pequeño pasador que se afianzaba a la página. Su forma de pica señalaba exactamente el párrafo donde había aparcado la lectura su sobrino.

Luego buscó el inicio de la historia y leyó en voz alta, aplicándose con paciencia en cada sílaba: *“Estaba arriba, en la galería, escuchando a los mirlos…”*.

Miró el fuego extrañado y, antes de seguir leyendo, se preguntó qué tendrían que ver los mirlos con la guerra. Continuó: *“El fuerte oleaje del mar era un ruido de fondo, lejano, pero salvaje…”*.

Lucio Santos se quedó pensativo un instante. Había visto el mar de joven, cuando hizo la mili, y recordó el sonido de las olas, intermitente, infinito. Aquello lo animó a continuar con el siguiente párrafo, a que la curiosidad fuera prendiendo en sus ojos, como las llamas lo hacían sobre la leña.